

**«EL GENERAL SUCRE ESCRIBÍA A SUS AMIGOS...»:
ESPACIO AUTOBIOGRÁFICO
Y ESPACIO COMUNITARIO EN LAS CARTAS
DEL SIGLO XIX**

Elena Altuna

Consejo de Investigación
Universidad Nacional de Salta

La relevancia que, especialmente en las dos últimas décadas, adquirió el estudio de la formación de las naciones latinoamericanas en el siglo XIX desde la perspectiva de las *comunidades imaginadas* por sus actores, ha permitido abordar los dispositivos ideológicos desplegados en el espacio de la escritura. «Invención» o «construcción» son términos caros a esta vertiente, explorada tanto por la historiografía como por la crítica cultural y la teoría del discurso. La noción de *constructo* para dar cuenta de las imágenes formadoras de nacionalidad, así como el estatuto polémico que ellas entrañan, denotan una tendencia a la disrupción temporal; se trata de establecer un «corte» con el pasado colonial que se desea dejar atrás y, por ello, de una orientación futurista que rearticula la experiencia histórica adoptando, muchas veces, el cauce de lo personal¹. Ello se evidencia, con singular fuerza, en uno de los géneros característicos de la producción escrituraria del siglo XIX: el epistolar. Género privilegiado para dar expansión a la subjetividad romántica, diseña la esfera de lo privado y personal, pero también permite comunicar multitud de temas y problemas pertenecientes a la esfera de lo público, tal como ocurre con cierta intensidad a partir del último tercio del siglo XVIII, en que la carta absorbe formas del ensayo y sirve de vehículo de exposición de ideas. En este sentido, puede decirse que el género epistolar está ligado a la asunción de la conciencia americana o a las problemáticas con ella relacionadas,

como lo muestran, por ejemplo, la «*Carta Crítica*» (1798) de Francisco Iturri o la más conocida «*Carta de Jamaica*» (1815) de Simón Bolívar. El interés por los asuntos públicos o por los avatares políticos de la época prima entonces por sobre cualquiera otra motivación de escritura.

En las primeras décadas del siglo XIX, con las guerras de la independencia y la formación de las nacionalidades, el género epistolar permite la emergencia de un sujeto que se inscribe en la intersección de lo público y lo privado; en esa dinámica del desplazamiento entre ambas esferas se constituye un sujeto cuyas trazas autobiográficas se encuentran absolutamente ligadas a un destino comunitario. Los rasgos personales se moldean en función de los ideales patrióticos y las instituciones que se constituyen contemporáneamente. De ello deriva el agudo sentido que los sujetos tienen del momento vivido; se saben protagonistas de la historia². Aun en el caso de aquellas cartas que no tienen por finalidad su publicación, esta característica es predominante, en razón de que sus remitentes forman parte del grupo de hombres esclarecidos que llevan adelante el ideal libertario. En este sentido, lo autobiográfico adquiere características específicas, asumiendo a cabalidad la forma de «diagrama de un destino», según la clásica definición de Gusdorf. Ese destino se construye en consonancia con los avatares que entraña la liberación del yugo colonial y la formación de la nación, diseñándose las figuras del *patriota*, el *ciudadano* o el *estadista*, en consonancia con los valores que el momento y el tipo de sociedad ponderan y depositan en ciertos sujetos.

Una nota predominante es la calidad de *modelo* que adquiere el sujeto de la escritura; el espacio epistolar muestra las trazas de un sujeto que reúne las características notorias del elegido para llevar adelante una tarea para la cual la mayoría del pueblo no está preparada. Rasgos heroicizantes destacan la figura del patriota con pocos y seleccionados elementos, en tanto que el ciudadano concentra las virtudes liberales.

Los recortes y vacíos narrativos no obstaculizan la pretensión de reinstalar la plenitud de un sujeto demiúrgico que en el acto de escribir logra metamorfosear el fragmento en totalidad. El autobiógrafo prefiere la figura de la sinécdoque:

...en el acontecimiento puntual halla la explicación general; en el gesto casual, la condensación de una actitud vital; en los juegos infantiles, la vocación madura; en el individuo, los rasgos definatorios de un grupo

mayor que lo designa representante.
(Rodríguez Pésico 1993: 10)

El paralelismo existente entre las alternativas sufridas por quien da cuenta de una experiencia vital y el proceso de conformación de la nación alerta acerca del elemento «ficcional», es decir, de construcción de una personalidad acorde con las circunstancias comunitarias³. El interés por lo público, concebido como «creación» de un estado y de una sociedad nueva condicionan lo privado hasta el punto de que en muchos momentos es casi imposible deslindar ambas esferas.

En el presente trabajo nos centraremos en la correspondencia que Antonio José de Sucre escribió a múltiples destinatarios durante el período 1812-1830. De esa producción epistolar nos interesa relevar las trazas autobiográficas y caracterizar el modo en que ellas diseñan su figura, en conjunción con los valores consensuados en el imaginario independentista.

1. SOLDADO Y PATRIOTA

Se conservan unas siete mil misivas de Sucre, entre cartas, mensajes, decretos y notas oficiales; una cantidad considerable, si se atiende al hecho de que no fueron dictadas, sino escritas de su propia mano, pues sólo en circunstancias muy puntuales Sucre se resignó a utilizar los servicios de un secretario o un amanuense. La actividad escrituraria ocupó, pues, un lugar importante en la vida de este hombre, no sólo en términos temporales, sino existenciales. Bolívar dijo: «El General Sucre escribió con sus manos resmas de papel...» para referirse a esa tarea incesante; y Sucre, desesperado por la irregularidad de los correos reflexiona: «...es cierto que la incomunicación es un gran mal para todos.» Si bien, en otras oportunidades, la tarea parece agobiarlo: «...el escribir me quita mucho tiempo y me hace mal.» , o «Estoy cansado de escribir hoy [...] Otras veces escribía día y noche.»

En su correspondencia se advierte la reiteración del motivo de la distancia; alejado de sus afectos y de su Cumaná natal desde muy joven, el tiempo burila en él un sentimiento de lejanía que pretende conjurar mediante la escritura. La carta, como instancia comunicativa que revela la ausencia del otro, se presenta como una compensación (y una falta) permanente. Este aspecto incide en el diseño de un sujeto en soledad, por

una parte, y por otra, contribuye a mostrar una constante en la modelización de la figura heroica, como es la oposición entre valores individuales y valores colectivos (Mozejko de Costa). En una carta dirigida a Santander, a la sazón vicepresidente de Cundinamarca, en septiembre de 1818, anota:

Yo repito a V.E. que agotaré todos los medios para defender a Guayaquil; pero no me atrevo a asegurar que indefectiblemente lo conseguiremos si no vienen tropas; pues ha de saber V.E. que la generalidad de los habitantes no tienen aún una opinión fija, que todos se niegan a las armas, que cualquier sacrificio les es molestísimo, y que en general ellos esperan que la libertad de la provincia tarde o temprano se adquiera por mano ajena. (Sucre 1995: 48)

La contradicción entre los valores detentados por el sujeto y los intereses de la mayoría permite, entonces, establecer una posición claramente diferenciada entre el soldado patriota y el pueblo. La figura se constituye como heroica en tanto su altruismo lo lleva a combatir por los otros. En su *Proclama* emitida desde el cuartel general de Babahoyo el 11 de agosto de 1821, dice:

Guayaquileños: yo no puedo hablaros en el seno de vosotros porque mi deber es combatir por vosotros; colocado al frente del enemigo me he encargado de vuestros negocios militares por servirlos; pero distante como me hallo, lo espero todo de vuestro patriotismo... (Sucre 1995: 42-43)

Se establece de este modo una suerte de pacto entre el yo y los otros, aun cuando dentro de campos diferenciados: el soldado lucha por los ciudadanos, se sacrifica en nombre de la libertad de ese pueblo: «...es un deber verter mi sangre por vuestra gloria». Combatir *por* y no combatir *con* indica, así, una direccionalidad específica⁴ de otorgamiento de un bien; a cambio, requiere de ellos la unidad que forje la patria.

El sujeto, así conformado como «separado» del resto de los hombres, se modela en virtud de un rol exclusivo: el de soldado. En efecto, Antonio José de Sucre insistirá a lo largo del tiempo, respecto de su formación: «no estoy educado sino como soldado»⁵, con lo que privilegia un aspecto que, decididamente, lo presenta como destinado al combate. Inclu-

so, las referencias al estado de indigencia en que ha quedado su familia por servir a la revolución, agregan más aditamentos a ese destino prefigurado.

Como soldado, su misión es combatir en todos los frentes; de allí que la inmovilidad a la que lo someten los cargos burocráticos le afecta sobremanera: «Estoy reventando, no por descontento sino porque esta situación pasiva más se parece a la vida de un canónigo que a la de un militar aunque sea soldado del papa», escribe desde Chuquisaca al coronel Burdett O'Connor⁶. Situado en proyección de futuro, caracterizado por la movilidad, el soldado propone nuevas campañas libertadoras. Así, «Deseando no estar ocioso en invierno», propone a lord Cochrane su deseo de realizar una expedición a Panamá, según comunica a Santander en 1821 (Cfr. Sucre 1995: 50); más tarde, en 1826, en una carta enviada desde Chuquisaca a Bolívar, somete la decisión de su casamiento con Mariana Carcelén a una posible invasión al Brasil: «...si Vd. considera que yo deba estar libre y expedito para ir con algún ejército contra los del Brasil, mi interés mismo está en quedar soltero» (Sucre 1995: 290). Se trata de un rasgo característico en la construcción del héroe, consistente en la anulación de los deseos personales en aras de un ideal que los supera. Este aspecto tiene estrecha relación con la separación de la patria natal y la familia.

Como ha sido señalado por Rodríguez Pérsico (1993), el sujeto patriota construye su lugar y los límites de su identidad por oposición al otro enemigo; este antagonismo delinea dos posiciones absolutamente separadas. En Sucre, el sentimiento antiespañol es muy fuerte y se mantiene hasta el triunfo de Ayacucho. «Nuestros asesinos, nuestros tiranos», «los enemigos de la causa general» constituyen denominaciones recurrentes para referir a los españoles, con quienes los «libertadores» litigan en «una lucha santa y justa», «una guerra santa de la independencia». Por otra parte, la posición que ocupa el sujeto patriota supone la vigencia de un valor fundamental: la unidad americana como garantía de la libertad y como barrera ante los separatismos que ya se avizoran⁷.

Ahora bien, otra de las notas características en la conformación de la figura heroica consiste en el haber recibido un mandato o una orden de parte de una autoridad o entidad superior (Mozejko de Costa). En el caso de Sucre, es Simón Bolívar quien ocupa la figura del mandante o destinador; ello se evidencia tanto en el plano de los afectos particulares, cuanto en el de

la esfera pública. En una comunicación que dirige al propio Bolívar, en noviembre de 1824, lo nomina como: «El genio que ha creado una nación, que ha formado a Colombia y que nos ha dado patria y existencia...» (Sucre 1995: 179). En 1825, y en respuesta a una orden de Bolívar para que se levantaran monumentos a los vencedores de Ayacucho, Sucre se expresa en estos términos en una carta dirigida al Ministro de Estado:

...en el corazón de estos vencedores está consagrado el monumento que ellos han formado al hijo de la gloria, al guerrero generoso que nos dio una patria, y que de la condición de esclavos nos convirtió en soldados de la libertad y de la victoria. (Sucre 1995: 208)

De este modo, se equipara a Bolívar con el Padre de la Patria y el dador del don de la libertad a los pueblos; por su parte, Sucre asume, junto a la figura del hijo, la del mediador, aspecto que se presenta con claridad en las palabras con que cierra la *Arenga* dirigida al Ejército Unido antes de la batalla de Ayacucho:

El gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo invencible, y la santa Libertad me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible nos dejemos arrancar un laurel... (Sucre 1995: 184) ⁸

También en la comunicación estrictamente personal, Sucre hablará a Bolívar en términos de hijo: «Como siempre he sometido a Vd. mis asuntos particulares, más como a mi Padre y amigo que como a Jefe, consultaré a Vd. el más importante.» (Sucre 1995: 289), dice en el encabezamiento de la carta en que le habla de su compromiso con Mariana Carcelén. Este vínculo estrecho de subordinación a los designios del Libertador, no dejó de mostrar su cierto punto de conflictividad en la medida en que colocó a Sucre –tal como lo afirma en varias cartas– en la disyuntiva de optar entre su conveniencia personal y su lealtad a Simón Bolívar⁹

2. SOLDADO O CIUDADANO

Esta disyuntiva también está presente en el enunciado bolivariano; se despliega en la alternancia o el conflicto entre los roles de «el guerrero», «el estadista» y el «buen ciudadano», y conforma uno de los rasgos predo-

minantes de un discurso que enhebra temporalidades fluctuantes (Chibán, Figueroa y Altuna 1997: 81-86). En la correspondencia de Antonio José de Sucre, desde muy temprano se advierte la disyunción entre un proyecto personal, la aspiración a una vida privada, y el proyecto comunitario en el que se encuentra inmerso, que le obliga a asumir funciones de militar y dirigente. Espigando en el conjunto de sus cartas, leemos:

Quito, 1822:

Yo no tengo interés en salir de Quito, antes amo el país; lo que yo quiero es no ser Intendente porque ni tengo genio para ello, ni tengo capacidad, ni ya salud bastante, ni medios para sostener la representación de tal destino.

Lima, 1823:

Asegurada mi reputación de tal manera en esta campaña y con la buena suerte de gozar siempre la estimación y amistad del Libertador, quiero excusarme el caso de aceptar ningún destino que pretenda darme, y por tanto autorizado de motivos suficientes, presento al supremo gobierno mi resolución de obtener la licencia final [...] yo no debo prestarle en adelante otros servicios que los de un fiel soldado cuando la patria esté amenazada, y cuando no, los de un simple y honrado ciudadano.

Cochabamba, 1827:

En cuanto a mí, repito que busco con ansia un pretexto para reunir al Congreso, entregarle el país y largarme para Quito; ya no es deseo, es desesperación la que tengo de regresar a mi país; mi situación es por tanto violenta.

El permiso para obtener la licencia final del ejército se transforma en una obsesión permanente; de hecho, al día siguiente de la batalla de Ayacucho, Sucre reitera su pedido y volverá a hacerlo en muchas otras oportunidades. Más allá de las motivaciones de índole personal, es posible advertir otro rasgo característico de la heroicidad que encarna el sujeto patriota: la constitución de un modelo de ciudadano, ejemplo a seguir una vez finalizada «esta guerra de horror». En una carta a Santander, fechada en Lima en noviembre de 1823, dice Sucre: «Un soldado cultivando la tierra después de trece años de combates y cuando su patria no lo necesita, pasará por un espectáculo de honradez en una república naciente.» (Sucre 1995: 147). Se trata de una modificación en el orden del hacer en vistas a

pasaje de un estado de guerra a otro de paz, lo que supone la conversión del soldado en ciudadano. Las virtudes que este nuevo estado promueve son así presentadas al lector como un ejemplo a imitar. En carta a su confidente, el coronel Vicente Aguirre, de noviembre de 1823, escribe Sucre:

...me veré estrechado a aceptar [el mando] por servir a la amistad del Libertador. Por mí, le confieso a Vd. que de mejor voluntad me iría a sembrar papas, tanto por salir de la carrera pública [...] cuanto por sacar el cuerpo de este laberinto complicado de negocios que hay en el Perú. Además yo anhelo con vehemencia terminar mi carrera militar: concluida la guerra de Colombia, creo que puede tomarse de buen semblante la resolución de un general de ser un simple ciudadano, y un soldado cuando la patria sea invadida. Creo que sería estimable en mi conducta reducirme a un labrador de Quito o de Cumaná.
(Sucre 1995: 152)

Más dramáticas resuenan las palabras que dirige en ocasiones a Simón Bolívar, expresándole su ausencia de ambición; «yo no soy para hombre público», le dice con cierto fastidio. Convencido de que no obtendrá la licencia, le propone entonces marcharse a Europa dos o tres años para instruirse y luego regresar a su lado (carta del 27 de marzo de 1826). Sucre fluctúa de este modo entre el testimonio de su lealtad al Libertador y su «más vehemente deseo» de vida privada. Este aspecto se evidencia también en los actos públicos; en efecto, en el Discurso que pronuncia al asumir la presidencia constitucional de Bolivia, en mayo de 1826, la selección semántica que recorre el texto es altamente significativa: «obligado por las aclamaciones», «arrancado por la gratitud», «Sordos a mis clamores para separarme de toda intervención en el gobierno», «situándome en una cruel alternativa, me habéis sometido a vuestra voluntad soberana» son algunas de las frases reveladoras de la coerción que entraña para el sujeto el asumir una función pública; de otro lado, muestra una vez más la sujeción al imperio de la legalidad.

La contradicción entre los roles de soldado y de ciudadano se relaciona, además, con la visión política de Sucre; en efecto, el Mariscal entreveía la amenaza de un enemigo interno: la anarquía, el caudillismo, la politiquería instalada en las fuerzas armadas de los países (carta a Santander de mayo de 1827). Al igual que Bolívar, llegó a comprender, al final de su periplo vital, la emergencia de fuerzas que harían fracasar el «sentimiento

noble, patriótico y americano». Desde 1827, Sucre insiste en su percepción disfórica del destino de las repúblicas: «Esta América es un caos», «Este barullo de la América», «el incendio revolucionario lo abrasará todo», dirá en diferentes cartas a Bolívar, en coincidencia con la opinión que el Libertador expresará en su carta al general Flores, al enterarse del asesinato de Sucre.

El atentado que el Mariscal sufre en abril de 1828 adquiere los rasgos emblemáticos de la descomposición de la república que había ayudado a crear. El 27 de ese mes, se despide de Bolívar al finalizar su carta en estos términos:

Adiós, mi querido General; por setiembre estaré en Quito, pero nadie me hará emplear en servicio público. Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la Independencia pude salir sano.
(Sucre 1995: 342)

Hacia el final de su vida, en las últimas cartas, Antonio José de Sucre parece haber sentido la necesidad de hablar de sí mismo. Lo hace, como siempre, con Simón Bolívar, y es notable el paralelismo de los sentimientos y la predicción del futuro que anima a estos dos hombres, cuyos destinos estuvieron tan ligados. La carta que le escribe desde Quito, el 20 de octubre de 1828, al enterarse del atentado que sufriera el Libertador, constituye no sólo un lúcido análisis de la situación colombiana, sino un testimonio retrospectivo de su carrera y de su vida:

Mi conducta es clara como la luz, y mi alma está formada por mis principios; y éstos por mi educación. No ha sido necesaria la revolución para sacarme del lodo, ni mi carrera está formada por intrigas, ni por circunstancias, sino por servicios positivos, y por una conducta que, con la cabeza erguida, sostengo que es intachable.
(Sucre 1995: 367)

Los aspectos relevados en las cartas que durante más de dos décadas escribiera Antonio José de Sucre, proponen entonces el diagrama de un destino absolutamente ligado a lo comunitario. El sujeto patriota conserva hasta su muerte la lealtad al Libertador, que es la adhesión a la causa americana. Ella lo ha arrastrado a una permanente vida pública, aun cuando su anhelo fuese el de la vida privada, a la que sólo accederá por un

breve tiempo. Y es que, en la instancia independentista, el destino personal no se concibe de otro modo que como un destino americano.

NOTAS:

- ¹ Como señala Arturo Roig: «Todo esto tuvo su comienzo a partir del momento en el que se sintió la necesidad, dentro de los grupos de poder de las sociedades americanas, de generar un proceso de formación de una memoria histórica, que implicaba, necesariamente, una tarea valorativa del pasado y, por tanto, a la vez, un ejercicio de 'olvido', dentro del proyecto ideológico de aquellos.» (Roig 1981: 62).
- ² En su estudio «Memorias y autobiografías en España (siglos XIX y XX)», Anna Caballé observa: «...el tipo básico de recuerdos que constituyen el material autobiográfico decimonónico es el de los recuerdos trascendentes, aquellos cuyo objeto es exterior a la conciencia que los recuerda...» (Caballé 1991: 145).
- ³ Tulio Halperin Donghi ha observado, en este sentido, respecto de las autobiografías como fuente histórica, que: «...no nos interesan primordialmente como fuentes seguras de datos biográficos sobre sus autores, sino como testimonios del modo en que esos autores concibieron su inserción específica en las sociedades en las que actuaron, y aun la exactitud histórica de su relato será relevante sobre todo en la medida en que el apartamiento de ella permita detectar con particular claridad el esfuerzo por volcar una experiencia de vida en un cierto molde, adecuarla a un cierto modelo cuyas características se trata de individualizar.» (Halperin Donghi 1987: 53).
- ⁴ En la *Memoria* que como General en Jefe del Ejército Libertador presenta a la Asamblea General reunida en Chuquisaca el 1 de julio de 1825, señala: «Tuve la fortuna de ser uno de los defensores del antiguo imperio de los hijos del sol; he combatido por vuestros derechos y por lo mismo mi corazón está ya unido a vuestra felicidad.» (Sucre 1995: 255). El combatir «por», que señala la distancia entre el sujeto y los ciudadanos, es compatible con la percepción de la condición de extranjero. Así, en su *Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia*, dice: «Cualquiera que fueren mis servicios a vuestra causa, yo seré siempre un extranjero, porque mi corazón y mi sangre pertenecen a Colombia.» (Sucre 1995: 303).
- ⁵ En la *Memoria* arriba citada, dice Sucre: «No me es deshonroso, señores, confesar que formado en medio de la revolución y de la guerra, mi educación es la de un soldado...» (Sucre 1995: 252).
- ⁶ Citado por María Luisa Kent (1996: 198).
- ⁷ En una carta dirigida al Secretario de Estado y de Relaciones Exteriores del Perú, fechada en Quito el 1 de febrero de 1823, escribe Sucre: «...repito mi absoluto convencimiento de la identidad de causa en los americanos que poseídos únicamente del amor patrio deben pensar sólo en combatir los enemigos y en llevar adelante la marcha de la independencia.» (Sucre 1995: 99).

- ⁸ La frase encuentra su absoluto paralelismo con aquella otra, pronunciada por Bolívar, en que la simbolización automitificadora llega a su clímax: «Estoy como el sol, botando rayos por todas partes.» (Cfr. Chibán, Figueroa y Altuna 1997).
- ⁹ Véanse, al respecto, las cartas que dirige a Vicente Aguirre, desde la Paz, con fecha 5 de septiembre de 1825, y al general Santander, el 19 de septiembre de 1825 (Sucre 1995: 265-267).

BIBLIOGRAFÍA

- Caballé, Anna (1991) «Memorias y autobiografías en España (siglos XIX y XX). AA.VV., *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Suplementos ANTHROPOS. Barcelona: 143-170.
- Chibán, Alicia, Eulalia Figueroa y Elena Altuna (1997) *Discursos bolivarianos*. Bogotá: Biblioteca Presidencia de la República.
- Halperin Donghi, Tulio (1987) «Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica». *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana: 41-63.
- Kent, María Luisa (1996) «Organización de la República Boliviana (1825-1828)». Enrique Ayala Mora editor, *Sucre, soldado y estadista*. Bogotá: Planeta-Universidad Andina Simón Bolívar: 183-221.
- Mozejko de Costa, Danuta (s/f.) «La construcción de los héroes nacionales: Juan Santamaría» [Paper].
- Rodríguez Pésico, Adriana (1993) *Un huracán llamado progreso: utopía y autobiografía en Sarmiento y Alberdi*. Washington: OEA/IOAS.
- Roig, Arturo Andrés (1981) *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: FCE.
- Sucre, Antonio José de (1995) *De mi propia mano*. Selección y prólogo de J. L. Salcedo-Bastardo. Prólogo a la 2da. Edición de Leopoldo Zea. México: Ayacucho-FCE (1ª edición 1981).